

Por el "no" votaron menos del 2%. Claro que, ¿quién controló el escrutinio? los pequeños grupos que propiciaban el "no" (Unión Demócrata Cristiana, Círculo José Antonio, Oposición Intelectual) no tuvieron oportunidad de hacer propaganda ni tampoco utilizar los medios de comunicación.

Pero, ¿es posible que Onganía se convirtiese en Franco? ¿Qué grupos al margen de algunas personal -o sellos- estaban dispuestos a semejante aventura? En primer lugar, los partidos políticos -con el peronismo a la cabeza- tenían en claro que sólo llegarían al gobierno a través de la expresión popular. Si algún dirigente político se decidía a apoyar al gobierno a partir de ese momento se quedaba sin partido. Otro tanto sucedía con el movimiento obrero. ¿Qué papel podría jugar la poderosa CGT en un régimen como el franquista? ¿Ser un simple furgón de cola? Si algún dirigente aceptaba sumarse al gobierno, se quedaba sin gremio. Aquí la ley era mucho más drástica aún, porque los partidos podrían cerrar sus comités y esperar; pero los sindicatos debían pelear día a día por sus condiciones de vida, por sus salarios, su participación en la toma de decisiones, y no era precisamente el régimen franquista el mejor ejemplo.

En Vietnam no cabían especulaciones. La guerra se intensificaba. La URSS acababa de entregar nuevos aviones MIG 21 a las fuerzas de GIAP, mientras los EE.UU. trasladaban unos 100 B-52, las fortalezas volantes de 8 motores, a sus bases de Tailandia.

PALABRAS GRANDILOCUENTES Y RENUNCIAS

La finalización del '66 mostraba ya cuántas grietas se habían producido en el gobierno militar. Las declaraciones de Martínez Paz, ministro del Interior, a los periodistas fueron poco afortunadas cuando precisó que "por cuanto el gobierno cuenta con el apoyo del país es, entonces, un gobierno democrático". Claro que el ministro no precisó cómo hizo para saber que el gobierno contaba con el "apoyo del país"... y terminó confesando en sus respuestas que "el gobierno estudia el procedimiento de actuar con agrupaciones que, sin ser partidos, desarrollan actividades políticas... es nuestro propósito revolucionario alentar la formación de una gran política nacional sobre la creación de un espíritu argentino... está en estudio la manera en que se va a lograr ese objetivo. Muchas de las políticas que están en movimiento responden a esa idea general..." La palabrería grandilocuente se había apoderado del gobierno en todos sus niveles. El mismo presidente Onganía también en una reunión de prensa recurre al palabrerío... "uno de los puntos básicos de la acción del gobierno es promover la máxima participación de la ciudadanía en la orientación y manifestación de la vida política del país a través de las organizaciones básicas de la comunidad para la formación y educación del ciudadano como hombre político. En lo concerniente a la organización de partidos políticos, puedo decirles que será realizada sobre nuevas bases, en libertad, en libertad auténtica, es decir con orden y seguridad... la comuna es la célula promocional de todo el régimen democrático de la Revolución que finca su mejor éxito en la comunidad..." Si este texto fuese leído en forma aislada seguramente creeríamos que el mismo pertenecía a un manual de educación cívica para alumnos de escuela secundaria.

Era evidente que ni el propio presidente sabía muy bien qué cosas quería y menos aún cómo se hacían.

La decisión de la CGT de realizar una huelga general el 14 de diciembre en una muestra más de que el camino de la Revolución Argentina poco, muy poco, tenía en común con los intereses de los trabajadores. Los "nombres históricos" que integraban el gobierno tenían eso, historia, pero nadie conocía sus pensamientos y menos aún sus acciones, y los apellidos históricos en la Argentina suelen estar emparentados con los sectores de derecha, sectores que no eran para nada simpáticos al pueblo en general.

El desplazamiento de Pistarini del cargo de comandante en jefe del Ejército y su reemplazo por el general Julio Alsogaray no significó para el pueblo en general, y los trabajadores en particular motivo de interés. Es que el apellido Alsogaray cada vez que había llegado al gobierno dejó huellas nada agradables para los sectores populares. Y ahora había dos Alsogaray: Alvaro,

presidiendo la vital embajada argentina en los EE.UU., y Julio, comandando el arma más importante del país, el Ejército.

Casi al terminar el año hay más renunciaciones. Salimei deja su puesto al expectante Adalberto Krieger Vasena, y Guillermo Borda, un constitucionalista sin antecedentes políticos reemplaza al agotado Martínez Paz en el estratégico Ministerio del Interior. Antonio Lanusse, el polémico secretario de Transporte abandona su cargo para asumir como ministro de Defensa. Desde el gobierno, más precisamente desde la secretaría de Gobierno, se murmuraba que "Onganía corre el peligro de verse copado por los liberales" -se referían a los Alsogaray, Krieger y Lanusse- como si las designaciones de los funcionarios no hubiesen sido hechas por el presidente en persona, cuyo poder en ese momento era poco menos que absoluto.

Estos cambios se habían producido poco después que el presidente en reunión de gabinete exhortara a sus colaboradores *"lo bueno, como lo malo, si breve dos veces bueno... facilitenme la reestructuración del gabinete presentándome sus renunciaciones. Personalmente quiero decirles que he encontrado en ustedes tres cualidades: lealtad, coraje civil e inteligencia, es todo cuanto tengo que decirles"*. Antes de oficializarse esta actitud del presidente, la opinión pública "sabía" que había crisis en el gobierno, y por supuesto cambios, pero también "sabía" que esta crisis no arrastraría al hombre de mayor confianza de Onganía, en esos momentos, el canciller Nicanor Costa Méndez, y la calle tuvo razón. El perfil del nuevo gabinete tenía ahora más definición: Nicanor Costa Méndez era un viejo representante de intereses británicos en la Argentina; Krieger Vasena por su parte, estaba sólidamente vinculado a intereses norteamericanos, mientras que Guillermo Borda, el nuevo ministro político, era un... apolítico. Las cosas parecían estar claras. Se incentivarían las medidas y contactos con los centros económicos, mientras que la política interna estaba condenada a invernar. Habían pasado apenas seis meses, y el gobierno se modificaba en las áreas de mayor trascendencia. El presidente en persona explicó el cambio "la revolución es un proceso que será largo... la salida de los funcionarios es fruto del desgaste natural y a veces inevitable... el gobierno no va a producir nuevas divisiones. No existe el pretendido corporativismo". Para no pocos adictos al golpe del 28 de junio "los liberales habían ganado una batalla, importante, pero no la última".

NI IDEOLOGÍA NI EFICIENCIA, SÓLO KRIEGER VASENA

Muchos argentinos ya se preguntaban cuál era la tendencia de la revolución y cuál era su ideología. Además no se visualizaba cómo quería operar dentro del seno de la sociedad argentina. Los mensajes, tanto del presidente como de sus colaboradores más inmediatos, llevaban a confusión, desconcierto. Según quién hablase desde el gobierno, el pueblo sacaba distintas conclusiones, y en más de una oportunidad los mensajes eran simplemente una suma de palabras sin mayor contenido ni posición.

El gobierno pretendía separar lo político de lo económico y esto era una actitud ingenua, infantil. Ambas, política y economía son dos caras de una misma realidad. Es común escuchar cómo se aplican en forma indiscriminada términos como democracia, dictadura, capitalismo o socialismo, a las fórmulas y sistemas políticos como a los económicos. Sin embargo, los dos primeros términos históricamente se han referido a los sistemas políticos, mientras que capitalismo y socialismo a los sistemas económicos.

El gobierno estaba dividido en dos grupos claramente identificados, el grupo que pretendía darle un determinado color político (Borda-Díaz Colodrero) y el que pretendía darle una forma económica (Krieger Vasena y su equipo económico-Alvaro Alsogaray). Para algunos, la crisis argentina es esencialmente política y pretendían cambiar totalmente el sistema político, y hablaban de esa manera de una nueva forma de política sin precisar los cómo y cuántos.

Para otros, el tema era puramente economicista y pretendían imponer una determinada forma

El perfil del nuevo gabinete tenía ahora más definición: Nicanor Costa Méndez era un viejo representante de intereses británicos en la Argentina; Krieger Vasena por su parte, estaba sólidamente vinculado a intereses norteamericanos, mientras que Guillermo Borda, el nuevo ministro político, era un... apolítico.